

YOCASTA

De Santiago Serrano

El siguiente texto esta registrado en el Registro de la Propiedad Intelectual de la República Argentina y en ARGENTORES. Es obligatorio que se solicite permiso para su puesta en escena. De no hacerlo se hará pasible de acciones legales.
santiagoms_2000@yahoo.com

ESCENA 1

La luz de la luna entra por una ventana. Se recortan las siluetas de Yocasta y Layo. Ella tiene una larga cabellera a la que Layo cepilla amorosamente.

Yocasta: Hoy vi la luna asomarse por entre las colinas. Seguro que el sol la opacará al llegar el alba. Eso es lo que hace un hombre con su mujer. La opaca bajo las sábanas. Le llena el cuerpo de hijos.

Layo: Nunca te faltan palabras.

Yocasta: Una mujer sin hijos es casi nada. Algo falta en mí. **(Tocando su vientre)** Aquí hay un hueco oscuro.

Layo: ¿Y yo?

Yocasta: Estás para llenarlo con semillas. Quiero sentir crecer el sol desde mi vientre. Un hijo nuestro...

Layo: **(Se aleja de su mujer)** No debes hablar con tanta ligereza. ¿Porqué engendrar la semilla que derribará al árbol? Está maldecido y yo creo en profecías. **(Da por terminada la discusión)**

Yocasta: Un hijo no asesina a su padre si éste lo ama. Ya hay odio en tu corazón. Un niño no puede esconder otra violencia más que la que sus padres le designen.

Layo: **(Irritado)** ¡Basta de palabras! **(Contenido)** ¿No querías dormir a mi lado?

Yocasta: **(Se acuesta a su lado sin tocarlo. Los dos estan acostados boca arriba)** Dormir... un sueño profundo puede sacar a relucir el fuego. Los dos tendidos. Unidos sólo por la punta de los dedos. Juro no torcarte más

allá de lo que esta permitido. Sólo tú y yo.... Duerme. **(Envolvente)** Cierra los ojos mientras te cuento una historia, mi niño. No desconfíes de mí. ¿Qué daño podría hacerte? **(Le cierra los ojos con su mano)** Un hombre fuerte, admirado por todos, dejó su pueblo para conocer otras tierras. Su futura mujer, virgen aún, aguardaba ansiosa su regreso...

Layo: **(Casi incorporándose)** Si insistes con esto me iré. Pero esta vez sin regresar.

Yocasta: **(Desafiante)** El miedo es un defecto que no te conocía.

Layo: Lo hecho, hecho está.

Yocasta: **(Con violencia creciente)** El hombre fuerte no encontró mejor diversión en su camino que seducir..., shhhhhh... no se lo cuentes a nadie mi niño, ...al hijo de su anfitrión.

Layo: Ya pedí perdón. No hace falta recordar lo que me avergüenza. Su padre me maldijo a mí y a toda mi descendencia. Un hijo nacerá de mi simiente y ese mismo retoño me traerá la muerte. Ese será el precio de un momento de desvarío.

Yocasta: Precio que también deberé pagar yo. Renunciar a conocer el fruto de nuestra pasión. Quedar eternamente yerma.

Layo: Si realmente me amaras podrías resignar aquello que puede ser el origen de mi destrucción.

Yocasta: ¿Era dulce el muchacho? ¿Tenía la piel suave como yo o era velludo y por eso te gustó? ¿Quién le cepillaba el cabello a quién?

Layo: Si insistes, mañana ya no estaré aquí.

Yocasta: No le conviene al hombre fuerte alejarse de la mujer que oculta su debilidad.

Layo: Yo no soy débil.

Yocasta: Eso no es lo que está a la vista. Alguien que por una simple maldición renuncia a poseer a su mujer...

Layo: Puedo poseer a quien quiera.

Yocasta: Cuando se trata de muchachos es posible.

Layo: Nunca más lo hice. Soy el mismo de siempre.

Yocasta: Yo nunca lo he comprobado. Sólo sé que me está permitido tocarte nada más que la punta de los dedos (**Layo intenta irse**) No te aconsejo salir. Abriré las ventanas y gritaré a todos las andanzas del terrible hombre fuerte. Que las mujeres escondan a sus maridos e hijos. Layo anda suelto con su paso torcido.

Layo: Puedo apretarte el cuello hasta ahogar la última de tus palabras.

Yocasta: Aquí tienes mi cuello, puedes empezar a apretar. Pero no te confíes, aún después de muerta seguiré pensando que mi hombre es una tierna paloma víctima de los gavilanes. (**Él le pega**) Vamos, otro golpe, paloma. (**Luchan**) Prueba ser hombre... prueba ser hombre, paloma. (**Él la besa y caen al piso**).

ESCENA 2 -

Han pasado varios meses. Yocasta está de pie ante un enorme espejo. Mira su perfil. Elena, su criada, la observa atenta desde un rincón

Yocasta: Espejo... espejo... espejo. Por fin me devuelves la imagen ansiada, completa, sin el hueco negro. Baila conmigo niño. Despacio. No te agites. Te hablo despacio porque las paredes oyen y el hombre fuerte tiene muchos brazos y alguno podría querer arrebatarde de mi lado. Baila, así... así... ¿Qué pasa, me diste un golpe? Sí... lo sentí aquí. **(Se sienta y acaricia su vientre)** Calma mi pequeño sueño. ¿Qué quiere el niño? ¿Caricias? Somos un solo cuerpo. ¿Cuánto tiempo falta para abrazarnos? Es eso, quieres abrazarme. Sí, así. Mi niño. Sólo mío. No me importa de Layo y sus profecías. Que me eche. Que nos eche a los dos cuando sepa tu existencia. Él te teme. ¿Cómo puede temer a unos miembros que abrazan? Si supiera que la semilla brota en la oscuridad... Te has asustado. Tranquilo. Nadie lo sabe, ni lo sabrá. Él no viene aquí desde esa única noche. No se lo permito. Es tan débil en su interior el hombre fuerte. Duerma mi niño. Duerma y soñará mis brazos y mi pezones dulces como la miel... **(Elena, que se ha levantado de su rincón, la acaricia)** Me abrazó, Elena. Lo sentí.

Elena: Mi señora, todo es posible cuando se lo desea.

Yocasta: Deseo a este niño tanto como a mi vida o quizás más. Su latido se acompasa con el mío.

Elena: Sí... sí, mi señora Yocasta. La comprendo. Pero ahora hace falta que se ocupe de lo necesario para esta noche. La fiesta no espera. Ya tendrá tiempo después para el gozo.

Yocasta: Maldita noche de fiesta.

Elena: Él exige su presencia. Es su esposa y como tal...

Yocasta: No soy su esposa. Soy madre. Lo demás es apariencia y nada más. Anúnciale que estoy enferma y que me quedaré en mis habitaciones.

Elena: Vendrá a buscarla o enviará a los sacerdotes para que cuiden de su salud.. Él o ellos no tardarían mucho en descubrir el engaño. No puede quedarse aquí eternamente.

Yocasta: Pero si me ve sabrá lo que me pasa.

Elena: Su vientre inflamado como un capullo es la única prueba del niño. Yo sé muy bien como solucionar todo para que parezca, mi señora, la misma de siempre. Nadie sospechará nada. Aunque sólo sea por esta noche. Después ya se verá. Párese aquí, en el centro. Mire estos lazos. Apretarán su talle y recobrará su silueta.

Yocasta: Deja, Elena, que bese estas telas. ¿Escuchaste, pequeño? Nos ceñirán. Prepárate para abrazarnos. Seremos uno solo. Vamos. Ya estoy lista. Puedes empezar, Elena. **(Elena comienza a ceñir su cintura)** Esta noche bailaremos los tres sin que Layo lo sepa. Será hermoso, mi niño. Así... Así....

Elena: ¿No está demasiado ajustado, mi señora?

Yocasta: No temas por nosotros. Sigue.

Elena: Ya está. Parece una doncella nuevamente.

Yocasta: Ponme el vestido y la máscara que me envió Layo.

Elena: ¿Se siente bien?

Yocasta: Nunca me he sentido mejor. Una virgen engañosa, que disfraz único el mío. Nos arrodillaremos ante él, mi niño. Esta máscara ocultará nuestra

sonrisa de burla a su poder sin límites. Vamos al mundo de las apariencias. Hoy seré más reina que nunca.

Elena: Regrese pronto, mi señora. Alguien en su estado tiene límites.

Yocasta: Hoy me siento sin límites. Vamos ya, mi niño. **(Salen ambas)**

Escena 3-

Misma noche de la escena anterior. Algunas horas más tarde.

Yocasta yace inconsciente en su lecho. A su lado está Elena.

Elena: Yo tuve la culpa. No debí darle esa idea, mi señora. ¿Por que bailó sin cesar? Se la veía tan hermosa. Hace tanto tiempo que no reía. Él también estaba feliz hasta que la vio caer como una estrella fugaz a sus pies.

Ingresa Creonte y se acerca al lecho.

Creonte: ¿Aún no despierta?

Elena: Sería mejor que durmiera sin cesar. Qué amargo será su despertar.

Creonte: Su ligereza de pensamiento no tiene perdón. Retar así la voluntad de su marido es una falta nada fácil de perdonar. Ese hijo engendrado sólo por su deseo no es un hijo.

Elena: Piedad para mi señora. Nuna fue tan feliz.

Creonte: Locura y felicidad son sinónimos a veces. Soy su hermano y como tal me duele su desdicha. Pero el orden y lo que debe ser está primero. No se deben desafiar las profecías. Es capricho de mujer y no lúcido juicio lo que la llevó al engaño. Nuestro rey arde de cólera. Ella debe sufrir las

consecuencias de sus actos. Yo sólo pude pedir a Layo por su vida y sólo eso me concedió no sin disgusto.

Entra Layo sin ser visto.

Elena: Agradecemos su piedad.

Layo: Mejor que agradecer ahora hubiera sido no ocultar esta trampa. Como fiel servidora que siempre fuiste tendrías que haber corrido hasta mí y así evitar este engaño que Yocasta ha querido hacernos a mí y a los dioses.

Elena: Perdón... perdón. Yo sólo soy una sirvienta y nuestra reina me prohibió decirlo. Obedecí sus órdenes como lo haría con las vuestras si ahora lo exigiesen.

Layo: Así lo espero. Ya hablaremos después y veré si es cierta tu fidelidad a toda prueba.

Elena: Le entregaría mi vida si fuese necesario.

Layo: Es tu vida la que está en juego. Ahora vete. **(Sale Elena)**

Creonte: La ira no es buena consejera. La indulgencia puede ser herramienta de un futuro dichoso.

Layo: Ya te he dicho que Yocasta seguirá siendo mi esposa. A pesar de todo la amo. Pero muy distinto será el provenir de ese hijo que engrandramos en el arrebato de una noche. Espero que los dioses no vuelvan a castigar mi debilidad. Ya puedes irte tu también, quiero quedarme a solas con ella.

Creonte: Un niño es pequeño cuando nace y puede perderse con facilidad en cualquier sitio, donde ningún ojo humano pueda verlo.

Layo: Eso se hará en cuanto nazca. Elena, con cualquier excusa, lo apartará de ella, y un buen servidor lo perderá en el bosque. No hay nada más indefenso que una cría humana. De todos modos lo haré engrillar para que ni siquiera tenga la posibilidad de mover sus pequeñas piernas. Las fieras se harán cargo de ese fantasma niño. No miraré su cara ni un instante, quiero que desaparezca en el olvido.

Creonte: Así se hará, como has dicho. Ahora mismo prepararé lo necesario.

Layo: Ella nada debe saber de lo que hablamos.

Creonte: Nada sabrá por mí y te aseguro que Elena quiere más a su vida que a la desdichada Yocasta.**(Sale)**

Layo: **(Mira la habitación)** Este es el sitio donde rompí mi promesa. Maldita alcoba. Duermes en paz, sin ningún arrebato. Siempre fui dichoso de despertar y ver tu sueño plácido. No entiendo lo que has hecho. Quizás yo soy el culpable de tu desdicha. Nunca lo hubiera querido. Pero hay algo más que buenas intenciones en esta vida. Hay una fuerza oscura aquí dentro que nos arrastra. Hice lo que hice y no sé porqué. Por eso te perdono la vida y quiero seguir a tu lado. Débil es la carne ante el deseo y no sirven las razones solamente. **(La besa suavemente en la boca)** Ahí en tu centro se esconde. Casi puedo adivinar su forma. Es un reptil oscuro escondido en la piel de un niño. Un hijo. Siempre quise tener un hijo. Pero desde que conozco la debilidad humana siento temor de lo que encierran esas criaturas deseantes y deseadas. Perdón, pequeño cuerpo. No es odio por tí sino amor por mí lo que me arrastra. Prefiero destruirte ahora que aún hay tiempo. **(Se levanta)** Que sigas durmiendo, Yocasta, tu sueño. Sólo en él encontrarás lo que deseas.

Escena 4.

Han pasado cuatro años desde la escena anterior. Creonte y Elena están en la habitación de Yocasta. Elena cuelga cuatro flores negras.

Creonte: Quiero que abras las ventanas, ya es hora que entre el sol en esta alcoba.

Elena: A mi señora no le agradará.

Creonte: Vengo a anticipar la llegada de nuestro rey.

Elena: Ella no está repuesta aún. Sería mejor que se le permitiera seguir en soledad un tiempo más. Su presencia la hará recordar lo que sufrió.

Creonte: Marido y mujer deben compartir la vida.

Elena: Todavía algunas noches sale a esa ventana y llama al pequeño con desesperación. No puede convencerse de su muerte.

Creonte: Me han llegado noticias de que sale a caminar por el bosque donde hicimos desaparecer al pequeño.

Elena: Eso lo hacía todos los días durante el primer año. Ahora sólo lo hace cada aniversario, como un homenaje. Me arrepiento de todo lo que hice. Ella no sabe que fui cómplice, cree que los hombres de Layo me lo arrebataron.

Creonte: No llores Elena, nada podía hacerse contra la voluntad de los dioses.

Elena: Permítame al menos que entorne un poco las ventanas, no le gusta la luz, dice que marca el tiempo, los días de la ausencia.

Creonte: Hazlo si crees que ayudará al encuentro.

Entra Yocasta.

Yocasta: Creo haber dicho muchas veces que no quiero verte.

Creonte: No he venido por mí. Hay alguien más que quiere verte.

Yocasta: Si se trata de Layo, dile a tu señor que no me verá ni en sueños. Hasta allí lo impediría.

Creonte: Han pasado cuatro inviernos y él ha respetado tu silencio. Quiere verte y él también merece respeto.

Yocasta: No lo tiene. Pero que quede tranquilo porque odio no le guardo. Estoy vacía y no puedo sentir nada por mortal alguno. Sólo estoy unida ahora a los muertos y no me convierto en uno de ellos porque, a pesar de lo que todos dicen, no creo que el niño haya muerto.

Creonte: Layo se encargó bien de que eso ocurriese.

Yocasta: Espero y seguiré esperando.

Creonte: Lo arrojaron desde un barranco, previo a eso hizo atravesar sus tobillos con un grillete para que no le quedase la más mínima posibilidad.

Yocasta: Ciego.

Creonte: Habrá muerto desangrado o como alimento de las fieras.

Yocasta: Ciego. Mil veces ciego. Cree engañar al destino. Yo sé muy bien que lo que se esconde en el lugar más remoto regresa siempre e inevitablemente.

Creonte: No intentaré convencerte, veo que es inútil. Sólo vine a anticiparte su llegada.

Yocasta. Ya estoy avisada, puedes irte.

Creonte: Necio es querer luchar contra la realidad.

Yocasta: Realidades hay tantas como mortales en la tierra. Ésta es mi realidad y no quiero compartirla.

Creonte: Calma tu corazón y espera su llegada. **(Sale)**

Yocasta: Elena, cierra las puertas

Elena: Nada le cerrará el paso, mi señora.

Yocasta: Tráeme el velo negro. **(Lo toma y se cubre con él)**

Elena: No despierte su ira.

Yocasta: No le temo. ¿Qué otro daño mayor puede hacerme? **(Elena sale. Yocasta sigue caminando en círculos)** Pájaro de la noche oscura que arrancas las estrellas. Vuela tras las ciudades de los hombres. Más allá de las cimas blancas y heladas. Más allá de los cráteres de fuego y lava. Más allá de los mares donde naufragan las gaviotas. Más allá de la vida y de la muerte. **(Entra Layo. El ritmo en el caminar de Yocasta va acelerandose cada vez más y del mismo modo su decir. Ignora a Layo todo el tiempo)** Huye pájaro de los ojos de fuego que asolas la esperanza y la ternura. Nefasta carroña huye hacia la oscuridad. Eres la sombra, el oscuro asesino. Sólo la distancia puede apagar tu fuego.

Layo: Vas a ignorar mi presencia...

Yocasta: Pájaro de la noche oscura que arrancas las estrellas. Vuela tras las ciudades de los hombres. Más allá de las cimas blancas y heladas. Más allá de los cráteres de fuego y lava.

Layo: No te pido que me hables, pero mírame al menos.

Yocasta: **(Gira aún a más velocidad)** Más allá de los mares donde naufragan las gaviotas. Más allá de la vida y de la muerte. Huye pájaro de los ojos de fuego que asolas la esperanza y la ternura

Layo: No hagas que te obligue a hacerlo. Ya es tiempo de olvidar.

Yocasta: Nefasta carroña huye hacia la oscuridad. Eres la sombra, el oscuro asesino.

Layo: ¿Debo rogar algo tan simple?

Yocasta: Pájaro de la noche oscura que arrancas las estrellas. Vuela tras las ciudades de los hombres...

Layo: Te suplico que me mires.

Yocasta: Más allá de los mares donde naufragan las gaviotas. Más allá de la vida y de la muerte

Layo: Aunque sólo sea una vez.

Yocasta: **(Gira frenéticamente)** Huye pájaro de los ojos de fuego que asolas la esperanza y la ternura.

Layo: No voy a repetir mi ruego.

Yocasta: Nefasta carroña huye hacia la oscuridad.

Layo: **(Se abalanza sobre ella y la detiene tomándola por los hombros. Le quita el tul que cubre su rostro)** Mírame por fin a los ojos. **(Yocasta cierra los ojos)** Abre los ojos.

Yocasta: Pena. Siento pena por tí. Aunque no tan profunda como para mirarte.

Layo: Abre los ojos, por favor. No quiero obligarte.

Yocasta: Hazlo, Layo. Crees que todo puede ser violentado a tu antojo. No los abriré aunque me golpees.

Layo: Me amabas.

Yocasta: Te amaba, pero no siempre lo que se ama es lo que se desea. Y mi deseo lo hiciste desaparecer. Devuélvemelo y te miraré. Si no, olvídate de mí.

Layo: No me enloquezcas. Estamos solos ahora.

Yocasta: No. Entre nosotros hay un cuerpo pequeño que crece como un fantasma cada día. Pudo ser un hijo, ahora es un fantasma. Soporta las consecuencias de tus actos.

Layo: Si deseas un niño, te traeré todos los que encuentre y elegirás a quien proteger y amar.

Yocasta: Ningún otro fuego puede entibiar mi corazón.

Layo: Hice lo único que podía remediar tu locura.

Yocasta: Yo hice lo que el deseo me indicó.

Layo: Pusiste mi vida en peligro. Yo no dejaría de volver a asesinarlo.

Yocasta: **(Golpea a Layo en el pecho hasta que él cae a sus pies)**Y yo de engendrarlo y engendrarlo y engendrarlo..., eternamente.

Layo: Si algún día comprendes tu engaño llámame. Te amo a pesar de mí y de mi debilidad.

Yocasta: **(Vuelve a colocarse el velo en la cabeza. Comienza a caminar nuevamente. Layo trata de detenerla tomando uno de sus pies. Ella lo empuja y continúa su marcha.)** Te llamaré. Pero pasará demasiado tiempo para que eso ocurra. Tal vez cuando todo sea irremediable.

Layo: Volvería aún muerto a ocupar mi lugar:

Yocasta: Vuelve con tus dioses, Layo. Aquí no hay más lugar que para mí y el fantasma de mi niño.

Lentamente la luz baja mientras Yocasta sigue caminando en círculos y Layo queda en el centro del escenario en posición fetal.

Escena 5

Han pasado catorce años. Habitación de Yocasta.

Elena cuelga en total diecisiete flores negras. Yocasta está terminando de hacer una flor más.

Yocasta: Pronto estará todo el cuarto cubierto de flores negras.

Elena: Algun día encontrará paz para su corazón.

Yocasta: Mi corazón es un carbón consumido por el fuego. Cenizas, nada más. Y pese a todo esta loca esperanza que me mantiene en pie. Es saber que año a año debo hacer brotar una flor. Todos los aniversarios me digo: ¿Quién le traera una flor para mi niño si ya no estoy?

Elena: Debería salir. Ver el sol. No puede quedarse aquí eternamente. No tema encontrarse con Layo. Él hace años que deambula lejos de aquí. No lo conocería si lo ve. Desde que mi señora lo expulsó se convirtió en una sombra de lo que era..

Yocasta: No he salido ni saldré. Miento. En sueños cruzo esa puerta. Quisiera evitarlo pero no se puede luchar contra los sueños. Son un vino espeso que embriaga los sentidos. Ayer cerré los ojos y sin caminar atravesé la ciudad. Llegué a una extensa planicie. Nunca había estado allí. Era el cruce de dos caminos. Todo estaba cubierto por un manto de nieve. Dos hombres avanzaban cada uno desde direcciones opuestas hacia allí.

Elena: ¿Los reconoció?

Yocasta: No veía sus rostros. Había algo en sus figuras que los hacía parecerse en entre sí. Uno era joven como un remolino. Lleno de vida. El otro era mayor en edad. Tenía un paso más taciturno. Ambos avanzaban rápidamente como si una fuerza extraña los impulsara a la encrucijada del camino donde yo estaba. Ellos parecían no notar mi presencia. Paso a paso la velocidad era mayor. Se toparon como toros. Los dos cuerpos cayeron a mis pies. El más joven se levantó inmediatamente y siguió su camino. El otro, en cambio, quedó tendido. Toda la nieve se teñía de rojo. Una daga le atravezaba el pecho. Un campo de sangre... Me desperté agitada.

Elena: Pobre mi señora.

Yocasta: Es curioso pero me levante inmediatamente del lecho y fui a mirarme ante el espejo. Elena mía, vi claramente en el reflejo mis manos manchadas de sangre. Casi lancé un grito. Sólo me calmé al ponerlas ante mis ojos y ver que eran igual de blancas como siempre. **(Le alcanza la flor que ha terminado)** Toma.

Elena: **(Que ha colocado la última flor)** Dieciocho flores negras para el niño.

Yocasta: Cada flor es la presencia de su ausencia. Flores negras. Flores muertas...

Elena: Deje ahora que la vista. Mire que hermosos trajes le han traído.

Yocasta. Quiero el negro.

Elena: Entonces, éste. Parece el ala de un cuervo.

Entra Creonte.

Creonte: **(Entrando rápidamente, se arrodilla ante Yocasta)** Hermana mía, traigo amargas noticias de nuestro rey.

Elena: ¿Qué le ha ocurrido?

Creonte: Fue asesinado. Acaban de traer su cadaver.

Elena: Triste muerte.

Creonte: Dijeron que su asesino huyó. Era un desconocido. Fue en un paraje...

Yocasta: **(Lo interrumpe)** No quiero conocer detalles. ¿De que serviría?

Creonte: Para hacer justicia.

Yocasta: ¿Justicia? ¿Existe eso que llamas justicia?

Creonte: No sé si existe pero intentarla es nuestro deber.

Yocasta: ¿El de quién?

Creonte: El pueblo te necesita ahora. Tendrás que salir de esta habitación. Hay un mundo infinito allí afuera.

Yocasta: Luto me envuelve. Sin saberlo, es ahora luto por los dos, unidos en mi vestido.

Creonte: Se debe preparar lo necesario para honrarlo.

Yocasta: Su vida se extinguió y no escuchó mi llamado. Honremos al soberano, así lo merece. Alcánzame el velo. No quiero que vean mis ojos secos. Nadie comprendería que no es dolor lo que me falta, sino que ya no me quedan lágrimas.

Escena 6:

Creonte enciende un incienso. Se inclina honrando a los dioses

Creonte: Una señal. Sólo eso preciso para confirmar lo que creo mejor para mi pueblo. Iluminen mi mente. Quiero pensar claro y ser justo. La amo. Es reina de esta tierra por derecho propio. He estado a su sombra como hermano menor. Y sé lo que ha sufrido. ¿Pero tiene derecho a arrastrar al pueblo en su eterno dolor? Regodeándose en sus heridas. Abriéndolas cada vez que cierran. Buscando sedienta la amargura. Ella no deseó ser reina y tiene el poder por derecho divino. Yo añoré desde pequeño acceder a que mi voluntad fuera ley e intentar lograr lo mejor para mi pueblo y he sido obligado a presenciar su desinterés por las cosas mundanas. Ahora la veo pasearse como un fantasma por la corte. Indecisa. Indiferente. Sólo preocupada por fabricar las malditas flores que lo invaden todo. Veinte años han pasado desde la noche aciaga en que, según ella, estalló en mil pedazos su corazón. ¿Cuánto tiempo más obligará al pueblo a vivir en un mar de llanto? Sé que podría hacer lo necesario para apartarla de su trono y sentarme por fin en él. Amo al pueblo pero en la misma medida la amo. Hermana mía desdichada. Algo debe hacerse. Y eso he venido a preguntaros. **(Enciende una vela)** ¿Es justo para todos que ella contraiga nuevo enlace? ¿Qué una mano fuerte tome las riendas de este pueblo y lo saque de la oscuridad? Es un joven. Eso quizá puede ser visto como un defecto pero también como una virtud. Él tendrá la fuerza suficiente para cargar sobre sus espaldas con el poder y con Yocasta. Ha vencido con habilidad sin igual a la Esfinge y a sus enigmas. Ha liberado al pueblo de ese monstruo terrible. Quizá también pueda rescatar del dolor sin límites a su futura esposa. Ella también es un enigma a develar. Una señal. La más mínima prueba para

obrar sobre seguro. Sólo eso necesito para convencerla y hasta obligarla a que regrese al buen camino. Si esta vela ahoga su llama será prueba de la voluntad divina y haré lo imposible por llevar este plan a la práctica. **(La vela se apaga. Creonte se incorpora y girando en sus talones sale.)**

Escena 7:

Han transcurrido pocos días de la escena anterior.

Cuarto de Yocasta. Ella tiene el rostro cubierto por el velo.

Yocasta: Me quedaré en este sitio. Juro que no me moveré.

Elena: Los sacerdotes han consultado a los dioses y le han elegido un nuevo esposo. Es un extranjero. Parece muy joven, mi señora.

Yocasta: No me moveré.

Elena: No hace falta que se mueva. Él vendrá hasta aquí. Ha dicho que no puede esperar más tiempo.

Yocasta: Si ni siquiera ha visto mi rostro.

Elena: Es un hombre hermoso. Las mujeres se ríen de él porque casi no tiene vello en el cuerpo.

Yocasta: Nuevamente esposa, pero ahora casi de un niño de pecho.

Elena: ¿Quién lo sabe? Quizás con él logre ser feliz.

Yocasta: Mi cuerpo ya no recuerda el gozo.

Elena: Todo puede renacer. En un momento estará aquí.

Yocasta: Déjame sola. **(Elena sale rápidamente)** Pobre joven enamorado de la muerte. Detente corazón. ¿Por qué latir así, desenfrenado? Tanto añoré este latido cuando mis miembros eran tersos. Ahora este pequeño rey me elige para compartir su lecho. Loco. Será loco. **(Aparece Edipo que la observa con interés)** Quieta. Me quedaré quieta.

Edipo: No hace falta que se mueva, señora. Sólo vine a presentar mis respetos.

Yocasta: Respeto hubiera sido que esperara a que yo lo invitase a entrar y no hacerlo contra mi voluntad. Me ha asustado.

Edipo: No he querido hacerlo. Era tanto mi deseo de verla... .

Yocasta: No entiendo su interés. Ni siquiera me conoce. ¿Por qué me ha tomado como esposa?

Edipo: No necesito los ojos para desearla. La he presentido.

Yocasta: Es casi un niño. ¿Por qué no busca una doncella que seguro estaría gustosa de unirse a su nueva majestad?. **(Intenta hacer una reverencia)**

Edipo: **(Impidiéndoselo)** No se incline ante mí.

Yocasta: Si lo hace para alcanzar el trono, se equivoca. Yo misma se lo cedo. Es todo para usted.

Edipo: Se equivoca. De la tierra en que vengo soy su único heredero. No necesito su generosidad. Quítese el velo, mi señora.

Yocasta: Aún no. Temo que compare mi rostro y mi cuerpo con el de otra mujer más joven y se sienta defraudado.

Edipo: No he conocido cuerpo de mujer alguna. Será el primero y por ser el primero y único, el más hermoso.

Yocasta: Hermoso es todo lo que dices. Quédate aquí, no te des vuelta. **(Se quita el velo y con él tapa los ojos de edipo. Yocasta se aleja de su lado y lo llama)** Edipo... Edipo...

Edipo: **(Mientras trata de alcanzarla)** Enséñame a amar.

Yocasta: Ven aquí...**(Camina por el cuarto desorientandolo)** No, aquí

Edipo: Ámame. Hay en ti un fuego antiguo que quiero reavivar.

Yocasta: **(Se acerca a Edipo y toca su pecho)** No tienes casi vello en el cuerpo.

Edipo: Señora mía. Eres tal cual como te presentí.

Yocasta: Suave es la piel. Dulce la boca. Yo voy a guiar tus manos. Empieza aquí. Lazo a lazo. ¿Ves cómo cae el vestido? Ahora toca mi cuerpo lentamente. Así... así...

Edipo: Reconocer tu cuerpo. Reconocerlo como el cuerpo soñado.

Yocasta: **(Alejándose)** Termina de desnudarte y ven conmigo al lecho.

Edipo: **(Se desnuda casi totalmente, salvo por las tiras de tela que cubren sus tobillos como vendas. Se dirige hacia ella.)** Ya estoy. Ahora guíame dentro de ti.

Yocasta: ¿Por qué no quitas esas telas que cubren tus tobillos?

Edipo: **(Inquieto por la pregunta)** Es una historia antigua de la que no quiero hablar ahora.

Yocasta: Es cierto, no es tiempo de palabras.

Edipo: Aquí estoy, mi señora.

Yocasta: Aquí estoy, mi pequeño rey.

Escena 8:

Cuarto de Yocasta. Elena esta sola. Quita una a una las flores.

Elena: El fuego de la pasión puede transformar en humo al dolor. Lo evapora. Yo no te olvido pequeño niño. Ya estoy vieja para arder. Los viejos nos alimentamos de recuerdos y el tuyo va conmigo a donde voy. Perdona, pero para alguien que debe servir como yo, traicionar es sinónimo de sobrevivir. ¿Cómo oponerse al poder? ¿Cómo enfrentar las consecuencias? Aún recuerdo el calor de tu pequeño cuerpo. Aquí entre los brazos. Ya sé que fue por un instante. Pero, ¿sabes mi niño? Esta vieja no ha conocido otro calor de hombre que el tuyo. Me consagraron a cuidar a mi señora. Ésa ha sido mi vida. No me arrancaron la vida brutalmente como a ti. Lo mío fue día a día. Quizá alguien de aquí a cientos de años reconozca el nombre de la reina Yocasta. Hasta quizás alguien sepa que tuvo un hijo asesinado al morir. ¿Pero quién sabrá de mi existencia, de mi traición? **(Sale)**

Escena 9 :

Han pasado diez años desde la llegada de Edipo

Habitación de Yocasta. Ella esta sentada y Elena le cepilla el cabello.

Elena: Sigue siendo tan hermosa como el día en que él llegó.

Yocasta: Es un espejismo.

Elena: No. Día a día parece más joven. Pensar que los sacerdotes creyeron que ya no podía ser madre.

Yocasta: Cuatro hijos tuve y creo que podría tener otros cuatro. Me siento fértil como la tierra. Él se me acerca y los hijos me brotan.

Elena: Todo cambia en esta vida. Aún recuerdo las flores negras invadiendo la alcoba.

Yocasta: Eso ya no existe.

Elena: La vida fue generosa. Tiene que agradecerlo. “Ese” niño le trajo dolor pero con el tiempo...

Yocasta: Es algo del pasado y el pasado ya no existe.

Elena: Sé que le hace mal recordar pero...

Yocasta: No. No me hace mal recordar, es sencillamente que ya no hay nada que recordar.

Elena: Por mi tranquilidad, para poder descansar en paz, necesito su perdón. Ahora es feliz y sabrá comprenderme.

Yocasta: Si algo debo perdonarte, dalo por hecho. Ahora no hablemos más.

Elena: No sabe de lo que fui capaz en otro tiempo.

Yocasta: No quiero saberlo.

Elena: El niño, nuestro niño.

Yocasta: ¿Cuál de los cuatro hijos de Edipo?

Elena: No, el de Layo.

Yocasta: Layo ha muerto hace mucho tiempo.

Elena: Yo lo entregué a los asesinos. Ellos atravesaron sus tobillos con un grillete y lo arrojaron por un barranco.

Yocasta: ¡Basta!

Elena: Perdón. Lo hice por miedo. Layo me amenazó de muerte. No puedo dejar de imaginar sus piernitas desangrándose.

Yocasta: Te prohíbo continuar. No sé de que hablas. Olvídalo, es lo mejor. Ya tienes mi perdón. Pero no sigas hablando de niños que nunca existieron, ni de heridas que jamás ví. Ahora es mejor que te vayas. Vete. **(Elena sale rápidamente)**. Flores negras. Nunca ví flores negras. Hay demasiadas sombras aquí dentro. Quiero luz. Malditas sombras que acechan como animales. Luz, toda la luz.

Escena 10:

Edipo habla para el pueblo reunido.

Pocos días después de la escena anterior.

Edipo: Nadie siente tanto vuestro dolor como yo mismo. Se de los estragos de la peste. La muerte acecha en cada esquina de nuestra tierra. Es mi deber hacer cuanto sea necesario para detenerla. ¿Cómo salvarlos? Eso sólo lo pueden decir los Dioses. Creonte los ha consultado y respondieron que la plaga cesará cuando se descubra al asesino que tronchó la vida de Layo. Hijos míos. No dormiré hasta encontrar a quien manchó de sangre nuestro reino. La mano artera que por matar al antiguo monarca merece el peor de los castigos: ser desterrado luego de recibir todo nuestro desprecio. La oscura rata que se esconde entre nosotros no merece que manchemos nuestras manos con su sangre. Sea quien sea y esté donde esté ésta mano que es vuestra llegará para atraparlo.

Escena 11:

Pocos minutos después. Durante la escena se verá aparecer al fantasma de Layo.

Los otros personajes nunca notarán su presencia y hablará en algunos momentos.

Sus palabras serán tomadas como propias de Edipo.

Habitación de Yocasta. Ella está sentada, entra Edipo y detrás de él

Layo

Yocasta: Ven mi lado, quiero que me abracés.

Edipo: Desde que salgo de esta alcoba añoro el momento de regresar. Todo el tiempo que estoy lejos de tí, es un tiempo no vivido, quedo suspendido en el aire.

Yocasta: Ya está. Ya no tienes que esperar. **(Lo abraza)** Estás temblando.

Edipo: Algo aquí dentro me hace temblar.

Yocasta. Olvida tus pesares. Péiname, quiero que me veas hermosa.

Edipo: **(Le cepilla el cabello – Layo, del otro extremo, realiza la misma acción)** Sólo aquí soy feliz. Quisiera alejarme de todo y quedarme a tu lado, cepillando tu pelo.

Yocasta. Mírame, tu palidez aumenta cada día.

Edipo: El poder me agobia. El pueblo suplica, los sacerdotes exigen. Todos esperan de mí soluciones que yo no puedo darles. Todo se desmorona. Los campos están resecos, los animales perecen al sol. Todos son devorados por la peste. Yo no pedí ser rey. Ellos me sentaron al trono y me dieron el poder. Nada de eso fue algo que deseé.

Yocasta: Y yo?

Edipo: Eres lo único que realmente busqué. Algo aquí dentro me hizo pedirte como esposa.

Yocasta: Olvida, entonces, al pueblo y sus súplicas. Yo soy feliz. Abrázame. Una sombra oscura quiere ocultar el sol. Así juntos nada puede dañarnos. Somos reyes de un imperio, cuatro hijos nos nacieron.

Layo y

Edipo: La peste también ha nacido.

Yocasta: Eso no depende de nosotros.

Edipo: Los dioses dicen que sólo cesará cuando se descubra una razón oscura.

Yocasta: Delirios, otra de sus tantas profecías.

Layo y

Edipo: Ciega

Yocasta. Calma tu corazón y abrázame en silencio.

Layo: Los niños sin cabeza, las parturientas abortándolos dando alaridos, los hombres....

Edipo: ...deformados, miembros mutilados por la peste, dientes podridos cayendo eternamente. Todo está desolado detrás de esa ventana. Ciega. Nada puedo hacer, sino amarte. Ayúdame, Yocasta. Necesito recuperar las fuerzas.

Yocasta: ¡Basta ya!

Entra Creonte

Layo: No puedo evitarlo, estoy llorando y no puedo detenerme.

Yocasta. **(Tomando la cabeza de Edipo entre las manos)** No llores. Yo te cuidaré, quédate a mi lado.

Creonte: No creo que eso solucione nada. El reino lo necesita de pie para salvarnos y no acurrucado entre tus brazos.

Yocasta: Necesita descansar, está agotado. **(Edipo se recuesta en el lecho)**

Creonte: Su estado es cada vez más lamentable. Hay algo que lo consume sin cesar. Si al menos permitiera que los sacerdotes lo atendieran en lugar de recluírse aquí...

Yocasta: Que pueden hacer los sacerdotes que mis cuidados no logren.

Creonte: Sus ojos no están cegados por el amor. Los tuyos no distinguen entre la luz y la tiniebla.

Edipo: **(entre sueños)**La herida... la herida no deja de sangrar... deténganla.

Yocasta. Es mejor que vayas, hermano, yo debo dedicarme a él.

Layo: La herida no deja se sangrar. Deben detenerla.

Creonte: Delira. Heridas no veo en su cuerpo. ¿Qué es lo que sangra en él?

Yocasta: Palabras... sólo eso. No pierdas más el tiempo con conjeturas. Yo lo cuidaré. **(sale Creonte)**Heridas... sus heridas.

Edipo: Deténganla. **(Yocata le cubre la boca con la mano)**

Layo: Alguien debe detenerla.

Yocasta: **(Llorando)** No hay heridas, y las que hubo deben cicatrizar.**(Se recuesta junto a él)** Shhhh.... Silencio. Por favor no hables más, descansa.
(Yocasta cubre con su cuerpo el cuerpo de Edipo)

Layo: Deténganla. Alguien debe detenerla.

Escena 12:

Han pasado dos semanas desde la última escena.

Se ve a Edipo acostado en el lecho. Layo está parado a su lado como un vigía. Elena y Creonte entran en escena.

Creonte: Despiértalo, Elena, hazlo caminar, ya lleva dos semanas sin salir de su lecho.

Elena: ¿Porqué prohíben a mi señora Yocasta entrar aquí?

Creonte: Cuando ella no está su respiración se tranquiliza. Parece alterarlo con su sola presencia.

Elena: Ella exige verlo. Han tenido que encerrarla en una alcoba distante, los soldados la custodian día y noche. Desde aquí se escuchan sus gritos llamando a nuestro rey.

Creonte: Si por cualquier motivo ella llega a esta alcoba, evita que lo vea. Si algo ocurre llámame inmediatamente. **(Sale)**

Elena: Cuidaré de mi rey como de un niño, que es lo que parece cada vez más con el correr de los días. **(Se escuchan los gritos de Yocasta a lo lejos llamando a Edipo)** Es ella otra vez, parece un animal herido. Despierte, mi señor, despierte.

Edipo: Déjame dormir, Elena

- Elena: Debe incorporarse. ¿No quiere comer algo sabroso?
- Edipo: Sólo quiero que curen mis heridas. No las veo, pero sé que sangran. Ahora es como un río que nace de mí y me desangra. ¿Dónde está ella?
- Elena: Más tarde vendrá. Ella se alegrará si ve que ha logrado incorporarse.
- Edipo: En este lugar se esconde la muerte. Pero no quiero irme. No dejes que me vaya, Elena. Una parte de mí quiere llevarme lejos, por eso estoy aquí quieto. Deténme si quiero correr. ¿Dónde está mi esposa? Quiero verla... no, mejor que no venga...la sangre... no quiero que vea la sangre...
- Elena: Ninguna herida sangra. Tranquilícese. Llamaré a los sacerdotes.
- Edipo: No me dejes solo. Ya pasará. No quiero quedarme solo. No dejes que me vaya.
- Elena: ¿Porqué habría de irse mi señor?

Layo comienza a deshacer el vendaje de los tobillos de Edipo.

- Edipo: Hay algo que me lastima. Desde que llegué mi cicatrices se convirtieron en llagas y las llagas en carne viva. Por eso una parte de mí quiere irse. Pero a pesar de que me desangro, no podría separarme de Yocasta. Quiero que la traigas. No, es mejor que no venga.. Acaríciame, Elena, quiero dormir. Tal vez así dejen de sangrar las heridas.
- Elena: Sí...tranquilo...duerma mi señor. Heridas que sangran sin sangrar, la confusión te envuelve. Sin embargo, algo hay de cierto en tus palabras. Una razón te consume, mi pequeño rey. Creo que podría alzarte entre mis brazos sin ninguna ayuda. **(Layo ha seguido quitando las vendas dejando ver las cicatrices en los tobillos – Edipo se queja)** ¿Qué le duele, mi señor? ¿De dónde nace el quejido? **(Fricciona cada parte de su cuerpo en busca del dolor)**¿Las manos? No. ¿Los brazos?

Tampoco. ¿Su pecho? Ninguna reacción que indique cual es el sitio. Tal vez sea un dolor del alma. ¿Qué son esas tiras blancas? Son vendas. Esas marcas...son cicatrices... parecen latir... son como dos bocas en pleno alarido. Su tobillos perforados... No, algo tiene que alejar de mí estos pensamientos, no quiero enloquecer. Es el niño. Hijo y marido. Yo te tenía en mis brazos cuando te atravezaron los tobillos. Debo avisar a mi señora. No, a ella no. Ahora comprendo porque no quería hablar del niño, ella ya lo sabe. Sólo Creonte puede ayudarme. Yo los separé una vez, ahora debo volver a hacerlo.

Sale – Layo acaricia a Edipo – Entra Yocasta sigilosamente.

Yocasta: Ya llegué. **(Edipo se queja en sueños)** Shhh... silencio. Si alguien viene me descubrirá y me encerrarán de nuevo. **(se acerca a él)** Te extrañé tanto... no escuchaste mis gritos? **(Él se queja)** Por favor, ¿no te gusta que esté contigo? **(Mirando las vendas)** ¿Quién te las ha quitado? ¿Quién vió tus cicatrices? **(Al tocarlo, él se queja casi gritando)** Basta, no grites. **(Le coloca rápidamente el vendaje, se la nota desesperada - Entra Creonte)** Nadie debe ver tus heridas. No debiste dejar que te quitaran las vendas.

Creonte: Hay verdades que no pueden ocultarse eternamente.

Yocasta: No oculto nada, sólo he venido a ver a mi esposo

Creonte: Y aún puedes llamarlo así?

Yocasta: No te entiendo.

Creonte: Yo soy el que no puede entenderte. Descubre nuevamente sus tobillos.

Yocasta: No lo haré

Creonte: **(Quitando las vendas)** Mira. Ante estas cicatrices no podrá negar su origen. Es él. El niño. Ésta es la peste que nos sumerge a todos. Él, tu hijo y también tu amante.

Yocasta: Todos los guerreros tienen cicatrices.

Creonte: Tiene la misma edad de tu niño, mira su cara, sus manos, hay en cada rasgo algo de tí y de Layo, a quien sin duda fue él quien asesinó. La profecía se cumplió inexorablemente.

Yocasta: No quiero escucharte más, quiero quedarme sola. Haz que me encierren nuevamente.

Creonte: Ya es demasiado tarde para eso. Debes tomar una decisión, de lo contrario lo harán por tí los sacerdotes.

Yocasta: No. Abandonaremos el trono, tú será el rey y gobernarás a tu antojo, pero no nos separen.

Creonte: Si estás dispuesta a abandonar el trono es porque reconoces lo que dije como cierto.

Yocasta: Que otra cosa puedo hacer.

Creonte: ¿Pero lo reconoces?

Yocasta: Yo sólo sé que lo amo, no puedo var más allá. No me importa si es el niño o si no lo es. Si quisieras ayudarme podría ser un secreto entre los dos. El daño ya fue hecho. Envíanos lejos por favor.

Creonte: Sólo piensas en tí.

Yocasta: ¿Y en quién más debo pensar?

Creonte: Este delito oscuro ha despertado la peste. Debe separarse lo mal unido, de lo contrario la desgracia seguirá con nosotros. De nada serviría alejarlos de aquí, el pueblo seguiría muriendo.

Yocasta: Maldigo mil veces al pueblo. Qué le importa al pueblo de mí, no conoce la fidelidad. Gritaron el nombre de Layo con alegría cuando fue rey y cuando su cuerpo aún seguía tibio gritaron eufóricos el nombre de Edipo. ¡Qué fidelidad le debo al pueblo!

Creonte: Y los dioses?

Yocasta: ¡Qué dioses son éstos! ¿Dónde están? Que vengan todos a esta alcoba, quiero que demuestren su poder. ¡Vamos dioses, traten de separarme de él! ¡No les temo! Si existieran tus dioses debieron impedir todo esto desde el principio. ¡Qué bondad tienen esas deidades que permiten que el pueblo muera en las calles! ¿Porqué debo yo resignarme a perder su amor, cuando los dioses supuestamente perfectos no se resignan a perdonar a quien los ha ofendido?

Creonte: Los desafiaste y eso provocó su ira.

Yocasta: Lo único que dices son palabras, nada va a convencerme.

Creonte: Es tu hijo

Yocasta: ¡¿Y qué?! No lo sabía. Éramos un hombre y una mujer

Creonte: Eso está contra nuestros preceptos.

Yocasta: Me alejaré de todo, de las ciudades, de sus malditos preceptos y los dioses sordos a los ruegos. Los dos viviremos en soledad como animales.

Creonte: Ya es tarde. Piensa en él. Qué dirá cuando sepa la verdad?

Yocasta: Si hay alguien que sea inocente es él. Fue arrastrado por los vientos que sus propios padres alimentaron. Yo lo deseé. Layo lo odió. Tú y los sacerdotes fueron cómplices para eliminarlo y luego Uds. mismos lo proclamaron rey. Nos desposaron. Tú mismo me convenciste para aceptarlo como esposo. Él ha sido un barco a la deriva. ¿Qué culpa puede tener de todo esto?

Creonte: Veremos que dice al despertar.

Yocasta. No, no debe saber nada.

Creonte: Es mi deber.

Yocasta: Uds. y sus malditas convenciones. Está bien, despiértalo. Que sepa la verdad. Si me ama lo entenderá

Creonte: Se espantará al verte. No volverá a tocarlo.

Yocasta: Yo misma se lo diré (**se acerca a Edipo**) Despierta. (**Al tocarlo, él lanza un profundo quejido**)

Creonte: Tu presencia lo altera. Él mismo le dijo a Elena que algo lo desangra aquí. El amor que siente por ti lo hace quedarse, pero eso mismo lo está matando. Eres ciega.

Yocasta: Lo amo más allá de todo. Más allá de la muerte.

Creonte: Si esto continúa, la muerte vendrá, pero no para tí sino para él. (**Yocasta se acerca nuevamente a Edipo que vuelve a quejarse**) Ya lo ves. No eres un animal al que todo lo está permitido. Eres una mujer y él un hombre y algo les está prohibido más allá de la sangre y de la ley.

Yocasta. ¡Basta, no quiero escuchar más! Quiero pensar, quiero estar un momento sola con él. Merezco un poco de piedad. Te suplico que me concedas lo que pido. Quien sabe si volveré a estar alguna vez a solas con él.

Creonte: Está bien, pero sé breve, el tiempo es inexorable. Si te demoras los sacerdotes vendrán en tu búsqueda. **(sale)**

Yocasta: **(se dirige hacia el lecho)** Ya se marchó, despierta Edipo, tienes que levantarte, yo te serviré de apoyo si no puedes sostenerte. **(Edipo se queja casi gritando)** No grites, te escucharán y no podremos escapar **(Él vuelve a quejarse)** Por favor, no puedo soportar tu dolor. Nada ni nadie me conmueve, sólo tú y tu dolor. **(Él vuelve a quejarse)** Me alejaré si mi cercanía te hace daño **(Se paarta la otro lado de la habitación)** ¿Estás mejor así? **(Él parece tranquilizarse)** Escúchame, te lo ruego. Yo no tuve la culpa. No lo supe cuando entraste a este cuarto por primera vez. Ni siquiera recuerdo cuando. Una noche la curiosidad me arrastró a develar lo que ocultaban tus vendas. Eras el pequeño, mi pequeño. Lloré. Me quedé en un rincón llorando en la oscuridad. La luz me sorprendió en mi dolor. Me dije, “Que puedo hacer ahora? No puedo perderlo nuevamente”. Entonces mis ojos dejaron de llorar y me di cuenta que lo mejor era seguir amándote. Nadie podía comprender, ni siquiera tú lo ibas a hacer. Ya nada podía hacer volver atrás lo vivido. Entonces me abandoné a tus brazos y cada hijo que me diste fue la prueba de que nada oscuro se ocultaba entre nosotros. ¿Ahora puedes comprenderme?¿Sí? **(Trata de acercarse)** ¿Me dejas que te bese? **(Edipo se sacude y se coloca en posición fetal- Layo se incorpora en su rincón y mira atentamente a Yocasta)** No podía alejarte. Nadie tiene derecho a juzgarme. Ni siquiera tú puedes hacerlo. Te necesitaba y te necesito. Luche por tí, te escondí en mi vientre. Reté al destino y a los hombres. Eres mío y no voy a dejarte. **(Yocasta se le acerca aún más- Edipo vuelve a quejarse)** Está bien, ya no seré tu esposa, si quieres seré sólo tu madre. Te cuidaré como a mi niño. No volveré a besarte los labios, pero deja que bese tu frente. Viviremos lejos el uno del otro. Otra mujer ocupará mi lugar. No volveré a desearte. Envejeceré. **(Lo abraza)** Así...

te acunaré como a un niño. Vivirás, haré lo que sea para que sigas viviendo. **(Lo acuna entre sus brazos – Él se queja con mayor intensidad)** Es verdad, todo es inútil, no puedo. No puedo verte como un niño. **(Se aleja de él)** Te mentí. Parece que hasta mis pensamientos pueden lastimarte ahora. **(Se queja más fuerte que nunca)** Basta. No quiero que sufras. No vas a morir. Son estos malditos lazos que nos unen los que te lastiman. Maldigo una y mil veces este oscuro sentimiento que te quiere llevar a la muerte. **(Desesperada y mirando hacia todos lados)** Layo! Ven! Sé que estás en algún sitio esperándome. Un día dijiste que te llamara si estaba dispuesta a mirarte. Te daré mis ojos para siempre. No miraré a otro que no seas tú. Quiero salvarlo, Layo, no puede morir. Ayúdame a alejarme de él. Sola no podré hacerlo nunca. Su única salvación es mi muerte. **(Layo se le acerca y la toma por la espalda)** Estás ahí. Sí, reconozco tus brazos. ¿Quieres que te mire?

Layo: Después. Queda poco tiempo.

Yocasta: Toma sus vendas y rodea mi cuello. Despacio, hazlo tiernamente. Evitaré gritar. No quiero que él despierte. **(Sin mirar a Edipo)** ¿Cómo está?

Layo: Tranquilo. Es hermoso.

Yocasta: Lo es. Cierra mi boca con la tuya. Tengo frío. Qué cálidos son tus brazos!. Bésame.

FIN